

La esperanza en los cambios: un recurso y una responsabilidad

Las crisis y cambios que hemos vivido desde octubre del año pasado han terminado de convencernos de que en la vida social y política la subjetividad de las personas y los grupos importa. Los anhelos y los miedos, las rabias y las alegrías pesan en el curso de los acontecimientos tanto o más que los cálculos racionales o las reglas institucionales; en cualquier caso, esas variables actúan juntas. Por eso es hora de leer las subjetividades con atención y sin la arrogancia de un tecnócrata. La nueva edición de la encuesta Chile Dice, realizada por el Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado, trae buenas noticias y nuevos desafíos en este ámbito. Una abrumadora mayoría de 80% de las chilenas y chilenos creen que en diez años Chile será un mejor país. En la medición 2017 de esta encuesta solo el 28% se mostraba optimista y el 57% pensaba que Chile sería peor en el futuro. Estos datos confirman una de las novedades que mostraron los estudios a partir del estallido social de octubre del año pasado. A pesar del ambiente tenso y conflictivo de

las protestas, y del casi apocalíptico tratamiento que le dio gran parte de la prensa, los y las ciudadanas sintieron que las movilizaciones sociales permitían mirar el futuro de la sociedad con esperanza. Este optimismo es una novedad en nuestra historia reciente. Los Informes de Desarrollo Humano realizados por el Pnud entre 1996 y el 2015 mostraron sistemáticamente que las personas eran optimistas sobre su futuro personal y familiar, pero que respecto de la sociedad como un todo primaba una mirada pesimista. No solo evaluaban mal el presente, sino que pensaban que las cosas no cambiarían en el futuro, e incluso podían empeorar.

Hay varias explicaciones posibles para este significativo cambio. Según muestran los estudios, el pesimismo previo estaba correlacionado al juicio de que Chile es un país marcadamente



LUIS QUINTEROS

La esperanza en un mejor país es un recurso indispensable para la democracia, que exige renuncias a los individuos en nombre de un mejor futuro colectivo. Pero esa esperanza es, al mismo tiempo, un desafío mayor. Ella no es un capital que pueda darse por asegurado.

desigual, con extendidas prácticas de abuso y con una sociabilidad irritada. A ello se sumaba la percepción de que los cambios de la sociedad chilena no tienen conducción o son manejados por grupos que lo hacen en beneficio propio, entre los que se cuentan especialmente los actores políticos. Esto se asociaba también a la sensación de que la gente corriente no dispone de poder para hacer cambios en la forma como está organizada la sociedad. Basados en estos antecedentes, puede sugerirse la hipótesis de que la actual esperanza sobre el futuro común tiene una de sus fuentes en que al calor de las movilizaciones muchas personas experimentaron una identidad común positiva, un poder propio que permitía alterar el curso de las cosas y vieron a los poderosos pedir disculpas y proponer cambios. Un refuerzo a esta conjetura es

que los jóvenes, que eran los más pesimistas respecto de un cambio de rumbo político a nivel social y por eso los que menos participaban en los procesos electorales y preferían las vías de acción directa, tuvieron un importante aumento de participación en el plebiscito constitucional del 25 de octubre pasado. En suma, las movilizaciones parecen tener como uno de sus efectos un aumento importante en la percepción de las capacidades para influir que los ciudadanos y ciudadanas se atribuyen a sí mismos y en una imagen más positiva de la sociedad.

Esta mayor esperanza que exhiben hoy los y las chilenas es un recurso muy importante para el éxito del proceso constituyente. Es un estímulo a la participación de las personas y grupos en los diversos canales que debieran abrirse para mantener activa la comunicación y la

representación entre la sociedad y la Convención Constituyente. Puede permitir también una mejoría en la evaluación ciudadana del sistema político, de lo cual comienzan a mostrarse leves síntomas. Y es también un desmentido a los profetas de la catástrofe que pretenden restar legitimidad y convocatoria a los procesos participativos que vienen, pronosticando que ellos traerán un diluvio de males. La esperanza en un mejor país es un recurso indispensable para la democracia, que exige renuncias a los individuos en nombre de un mejor futuro colectivo.

Pero esa esperanza es, al mismo tiempo, un desafío mayor. Ella no es un capital que pueda darse por asegurado; es solo una apuesta que las personas hacen basadas en las experiencias episódicas y frágiles realizadas al calor de las movilizaciones sociales y del resultado del plebiscito del 25/10: la del aumento de poder propio, la de la identidad común en torno a vínculos sociales significativos, la de la posibilidad de los cambios. La democracia chilena, sometida a una crisis de representación, necesita sostener y fortalecer esas experiencias. Para ello será necesario que el proceso constituyente sea en los hechos y en los símbolos la expresión del poder de la sociedad y no solo de los grupos de interés o de los expertos. Y será necesario también que los obstáculos conocidos a la esperanza social – la desigualdad, el abuso, la irritación – sean enfrentados desde ya mediante políticas públicas eficaces. ■

